

ALEX BEER

LA MUJER  
DE ROJO

*Traducción:*  
SUSANA DE ANDRÉS



MAEVA | NOIR

*Solo los muertos han visto el fin de la guerra.*

PLATÓN

# 1

Jueves, 18 de marzo de 1920

UN CÚMULO DE nubes densas cubría el cielo de Viena. Grises y pesadas, eran un reflejo de la atmósfera que reinaba en la ciudad.

No tardaría en anochecer, lo que le resultaba muy conveniente: algunos asuntos resultaban más fáciles de resolver bajo el reconfortante abrazo de la oscuridad que en la cruda realidad del día.

Pocas veces, incluso durante los años de guerra, había sido tan crítico el estado del abastecimiento como en la actualidad. Los comestibles seguían estando estrictamente racionados, apenas había zapatos ni ropa de vestir, y el desempleo había vuelto a alcanzar sus niveles más elevados debido a la terrible escasez de carbón, que había paralizado la producción del hierro y del acero. La pobreza y la necesidad se percibían por doquier. Así que, para ahorrar energía, los cafés y las tabernas se iluminaban por las noches con unas apestosas lámparas de carburo, la duración de los espectáculos teatrales se limitaba a tres horas por día y solo se disponía de electricidad hasta las nueve y media como máximo.

Hacía frío para esa época del año y un viento gélido soplaba a través de las angostas callejuelas del primer distrito. Se subió las solapas del abrigo y hundió las manos en los bolsillos. Lo que tenía que hacer no iba a ser sencillo, pero no le quedaba otra elección. Iba a matar a un hombre y, con ello, salvar a una nación entera. Si todo salía bien.

El sonido de unos golpes lo arrancó de sus pensamientos y alzó la vista.

Una figura inclinada se acercaba a él, tanteando el camino con un bastón mientras arrastraba los pies con precaución por el irregular suelo adoquinado: un ciego que llevaba un desgastado uniforme de un gris azulado que lo identificaba como un antiguo soldado del Ejército Imperial y Real.

Cuando el discapacitado pasó por su lado, percibió el olor de la miseria: a sudor, alcohol y nabos hervidos. Siguió al hombre con la mirada, tan solo uno de los miles de indigentes, y entonces vio justificada su decisión. Sí, lo que estaba a punto de hacer era lo correcto.

El joven Estado no iba bien. Austria se moría de hambre y vivía en la penuria, y no parecía que aquello fuera a terminar. No desde que el día anterior se hubiese extinguido el último rayo de esperanza.

La rebelión alemana había fracasado. Después de un centenar de horas, el intento de golpe de Estado que debía sustituir la república de Weimar por una dictadura militar había concluido como consecuencia de la huelga general de la clase obrera. Las centrales de gas, de abastecimiento de agua y electricidad se habían detenido; todos los circuitos de información y de comunicación se habían apagado. La vida cotidiana del reino vecino se había paralizado, ya no se podía dirigir su destino. A los heroicos luchadores por la libertad no les había quedado otro remedio que rendirse.

¿Acaso los proletarios no sabían lo que habían causado con su resistencia? Gracias a ellos no soplarían aires nuevos, no llegaría al poder un régimen prometedor que defendiera la unión de ambos reinos y rechazara la paz de la vergüenza, así como los indignantes tratados con los que las potencias vencedoras los subyugaban. Todo permanecería como hasta ahora.

Pero eso no podía ser. Si todo seguía igual, estaban perdidos.

Reforzado en su resolución, se apresuró a recorrer con paso ligero la estrecha calle y redujo la marcha cuando pasó junto al antiguo Palacio de Invierno del príncipe Eugenio. Esa joya del Barroco era tan bonita y ostentosa como la época que representaba; sin embargo, el esplendor de la casa de Habsburgo se había apagado. Su lugar lo ocupaba una república de la miseria, que no podía brindar ningún futuro a sus habitantes.

Pero era precisamente un mañana lo que la gente necesitaba con urgencia. Esperanza y perspectivas, y él iba a ocuparse justo de eso.

Giró hacia Seilerstätte y se quedó un rato parado delante de la casa en la que vivía el concejal Richard Fürst. Miró con atención el entorno que lo rodeaba.

—Por Dios y por la patria —musitó y tiró de la campanilla de la puerta.

## 2

Lunes, 22 de marzo de 1920

—¿TE ARREPIENTES? —EL inspector de sección August Emmerich miraba a su asistente, sentado frente a él, al tiempo que se masajeaba la rodilla derecha. Una herida de guerra le anquilosaba cada vez más la pierna. Ya faltaba poco para que le resultara imposible doblarla y los dolores que aquello conllevaba se iban agravando.

—¿De haberle seguido al departamento de Homicidios?

—No respondas a mis preguntas con otra pregunta. —Emmerich encendió un cigarrillo que él mismo se había liado, el único lujo que se permitía en la actualidad—. Dime, ¿te arrepientes?

En lugar de contestar, Ferdinand Winter deslizó la mirada por la habitación que desde hacía tres meses se había convertido en su lugar de trabajo. Mientras que dos o tres agentes de Homicidios compartían despacho en la comisaría de Roßauer Lände, a ambos los habían sido destinado a una sala secundaria de secretarías y ordenanzas. Oficialmente, por falta de espacio. Las razones extraoficiales, nadie se atrevía a pronunciarlas.

Emmerich contempló el resto de las mesas de trabajo y a los hombres y mujeres que estaban sentados delante de ellas. Escuchó con atención el murmullo que emitían, el sonido de las duras minas de los lápices sobre el papel barato, e inspiró profundamente. El aire estaba cargado, apestaba a perfume de tercera clase, a sudor y nicotina.

—Contéstame.

Unos meses atrás, cuando en contra de su voluntad le habían asignado a Winter como asistente, se había dirigido a él con cierto menosprecio, tuteándolo. Ahora, aunque el joven había demostrado ser bastante capaz, se había habituado tanto a hablarle de ese modo informal que ya no había dejado de hacerlo.

El otro clavaba la mirada en el suelo. No mentía bien y nunca conseguiría hacerlo. Había cosas imposibles de aprender, tenían que llevarse en la sangre, y él no había nacido con talento para el engaño. Al contrario.

—Nadie podía sospechar que sería... —Le temblaban los párpados a causa de los nervios mientras buscaba una perífrasis amable—, tan desagradable.

—Desagradable... —repitió Emmerich. Por el tono de su voz, no quedaba claro si se trataba de una pregunta o una afirmación—. Yo más bien lo...

—¡Shhh! —Winter señaló con un rápido gesto de la cabeza un punto ubicado justo detrás de su compañero y tiró nervioso del cabestrillo en el que apoyaba el brazo.

Desde que sufrió un grave accidente, en noviembre del año anterior, tenía que mantener el brazo izquierdo en reposo. Se ignoraba hasta cuándo. El médico de la Policía le había ordenado que no sobrecargase los huesos en ningún caso, y él seguía sin rechistar sus indicaciones.

Incluso demasiado, para el gusto de Emmerich. Inquieto, se pasó los dedos por el cabello castaño y revuelto, se dio media vuelta y contempló frente a sí el rostro pálido de Peter Brühl, el inspector de distrito, un miserable burócrata que, aunque ocupaba un rango superior, se hallaba muy por debajo de él en cuanto a experiencia vital.

Con un chasquido, Brühl depositó una pila de papeles sobre el escritorio que compartían Emmerich y Winter, un mueble viejo y castigado que se encontraba en el último rincón del

despacho, allí donde no llegaba la luz de la lámpara cenital y donde siempre había una ligera corriente de aire.

—Informes del caso Fürst. Hay que pasarlos a máquina.

—Pronto serán las cinco. Cambio de turno. Nos...

—Órdenes del inspector jefe Gonska. —Brühl cortó de raíz la réplica de Emmerich y se alisó el cabello moreno, espeso y brillante, peinado con raya al lado y engominado—. Es urgente. Debo pedirles que se den prisa. —Como Emmerich no reaccionó al instante, se volvió al hombre de la mesa contigua, le dirigió una mirada significativa y formó una palabra con los labios.

Leo Papousek, un niño pelotilla encargado de supervisar el correo, asintió, consciente de su tarea.

Brühl se encogió de hombros y ya estaba a punto de salir de la habitación, cuando Emmerich se levantó de un salto y se puso delante de él.

—¡Dígame a la cara!

—No sé de qué me habla. —El inspector de distrito sonrió irónico, separó las piernas y tensó los músculos.

Emmerich dio un paso hacia delante, de modo que las puntas de la nariz de ambos casi se tocaron.

—Dígame a la cara.

Brühl retrocedió, la sonrisa se le había desvanecido de la cara. La habitación, en la que hacía un segundo todavía imperaban los sonidos cotidianos, se había sumido en un silencio tan profundo que hasta se oía el tictac del reloj de pie de la sala contigua.

—¡Déjeme en paz!

—¿Se cree usted que estoy sordo? ¿O que soy idiota? ¿Se cree que no me he enterado de cómo nos llaman a escondidas? —Emmerich movió la cabeza—. ¿Se cree usted mejor?

Brühl intentó seguir su camino, pero el otro le cerró el paso. Al final Emmerich consiguió que acabara por perder el control.

—Joder —maldijo Brühl con la cara roja como un tomate—, yo soy mejor. Cualquiera en este departamento lo es. Todos nos

hemos tenido que someter a unas pruebas de aptitud duras y exigentes que un drogadicto cojo y la víctima de un trágico accidente jamás en la vida aprobarían. Éramos una unidad de élite. Lo mejor de lo mejor. Hasta que Horvat... hasta que él...

De hecho, Emmerich y Winter no habían tenido que superar las duras pruebas que medían las capacidades físicas y mentales de los aspirantes. Carl Horvat, el anterior jefe del departamento, los había incorporado después de que Emmerich, por aquel entonces todavía agente de policía, hubiese resuelto un caso complicado.

—¡Dígalo de una vez! ¡Suéltelo! —El hombre volvía a estar tan cerca de Brühl que podía oler su aliento cálido y agrio.

—Hasta que creó la brigada de los tullidos.

—Ya ve, no era tan difícil. —Emmerich quitó una pelusilla imaginaria de la chaqueta de Brühl y se retiró a un lado—. Ex-drogadicto, por cierto. —Y volvió a su escritorio tan tranquilo, como si no hubiese ocurrido nada—. Estoy limpio. —«Por desgracia», añadió para sus adentros.

En los últimos cuatro meses, había deseado sentir el efecto consolador de la droga cada uno de los minutos que pasaban. Añoraba el benefactor entumecimiento de su pierna y ansiaba la dulce voz de la heroína susurrándole que todo iría mejor. Pero la voz había enmudecido. Había realizado una horrible cura de desintoxicación y, si quería conservar su puesto, no debía reincidir. Solo le quedaban sus queridos cigarrillos y un vasito de aguardiente de vez en cuando.

El despacho todavía estaba sumido en un mutismo mayor que el propio de un oficio de domingo. Solo cuando un estridente «¡EMMERICH!» rompió el silencio, la habitación volvió a llenarse en un abrir y cerrar de ojos de una intensa actividad. El inspector jefe Albrecht Gonska, jefe del departamento, estaba junto a la puerta abierta con los ojos entrecerrados.

—¿A qué se debe este alboroto?

—Todo va sobre ruedas. —Emmerich sabía que no tenía ningún sentido pelearse con él. Con ello solo conseguiría empeorar su situación. Aunque... ¿podía realmente ir a peor? Él y Winter no solo ocupaban el mismo espacio que las secretarias y los ordenanzas, no, sino que también realizaban el mismo trabajo.

Mientras el resto de los agentes de Homicidios llevaban cuatro días investigando el espectacular asesinato de Richard Fürst, un concejal querido por todos, él y Winter tenían que preparar café, ordenar expedientes y hacer recados. Trabajo de idiotas, muy por debajo de su categoría, y un desperdicio de sus capacidades. Su gran aspiración de pertenecer un día a la sección de Cuerpo y Vida e investigar delitos complejos contra la integridad física se había convertido en su pesadilla personal. Quería salir en busca de delincuentes y no limitarse a buscarlos en los papeles de una oficina.

Carl Horvat, el hombre que había hecho posible su ascenso pese a su discapacidad, había sido promocionado a vicedirector de la Policía. Desde que su sucesor, Gonska, había tomado el mando de la tropa, el futuro de Emmerich y Winter no pintaba nada bien.

El futuro no auguraba nada bueno para la brigada de los tullidos.

Aunque el año anterior habían resuelto una serie de asesinatos espantosos, Gonska y sus hombres, a diferencia de Horvat, no los veían como unos formidables agentes del departamento de Homicidios, sino como un cizañero cojo y un novato pusilánime que, en realidad, solo habían tenido suerte. Artículos con tara que no encajaban en el poderoso grupo de élite y que bastante tenían con hacer el trabajo de oficina: ordenanzas, mecánógrafos, chicos para todo.

Si no se producía un milagro, pasarían el resto de su vida envileciéndose allí dentro, con Papousek y las secretarias de recepción.

—¿A qué está esperando? —Gonska, un hombre imponente de espaldas anchas y patillas al estilo emperador Francisco José, se plantó delante de ellos todo lo grande que era y se enderezó el chaleco de su distinguido terno—. Los informes no se mecanografían por sí solos.

Emmerich apretó tan fuerte los dientes que le crujió la mandíbula. Había crecido en un orfanato municipal, había pasado algunos años en la calle y había acabado, tras muchos errores y extravíos, en la policía. Gracias a su duro pasado y al tiempo transcurrido en el frente estaba acostumbrado a soportar en silencio las contrariedades. El hambre, el frío, el miedo y el dolor eran cosas con las que se entendía a la perfección. Lo que no podía soportar era la humillación; era su talón de Aquiles emocional y, como no se produjera pronto algún cambio, no era capaz de garantizar nada.

Volvió a sentarse al escritorio, le dio la espalda a los otros dos hombres y encendió un cigarrillo con la brasa del que se estaba acabando de fumar.

—Yo me arrepiento —susurró a su asistente, que acababa de empezar la transcripción. Con una mano.

Winter no respondió. Interrumpió la labor y apartó la vista de él para mirar hacia otro lugar.

—¿Y ahora qué pasa? —Emmerich se volvió a la espera de una nueva insolencia de Brühl y se quedó estupefacto al descubrir junto a la puerta a una elegante mujer. Llevaba un vestido azul zafiro, zapatos de tacón a juego y un abrigo de pieles. Un sombrero, cuyas alas eran tan anchas que ocultaban con su sombra los rasgos faciales, completaba aquella elegante indumentaria. Apenas se le distinguía el rostro, pero lo poco que se podía apreciar daba por supuesto que la desconocida era de una belleza arrebatadora.

—Quiero hablar con el director de este departamento. —La forma en que hablaba, nasal y articulada, no dejaba lugar a

dudas sobre su pertenencia a la alta sociedad, y el hecho de que se le quebrara la voz ponía de manifiesto que estaba furiosa. Y mucho.

—Es Rita Haidrich —susurró Winter.

—No la conozco. —Emmerich dio una profunda calada y contempló a la joven. Habría apostado todo su sueldo a que era una egocéntrica horrorosa. No precisamente el tipo de persona que le agradaba.

—La actriz. —Su compañero se había ruborizado a causa de la emoción. Sin apartar la vista de ella ni un momento, se peinó hacia atrás el cabello rubio claro y se alisó la chaqueta de pana beis—. Interpretó el papel de Electra en el Burg.

—Bah, el Burgtheater solo es para los... —El inspector reprimió la palabra que tenía en la punta de la lengua. Se había acostumbrado tanto al muchacho que siempre se olvidaba de sus orígenes nobles. El chico provenía de círculos aristocráticos y había acabado siendo policía debido a una serie de trágicos acontecimientos. Primero, la gripe española había matado a su familia; luego la guerra se había tragado toda su fortuna, y, por último, la ley sobre la abolición de la nobleza, decretada el año anterior, le había arrebatado el título. Lo que había quedado era un joven sumamente amable y terriblemente ingenuo al que no le quedaba más remedio que enfrentarse a la vida. A la vida de verdad.

—Este mes, la Haidrich está en la portada de la revista *Filmwelt*, pero ninguna fotografía le hace justicia —siguió con vehemencia Winter.

Emmerich exhaló una nube de humo en su dirección y tosió.

—¿Tengo pinta de que eso me interese?

El joven no hizo caso del comentario.

—¿Qué la habrá traído aquí? A lo mejor sabe algo del asesinato del concejal Fürst.

—Qué va. Se le habrá escapado el perrito faldero o la doncella le habrá mangado algo. Ya sabes, problemas de los ricos. —Emmerich sujetó el cigarrillo con la comisura de los labios y colocó una hoja de papel en la máquina de escribir.

—Creo que se trata de algo más. Al fin y al cabo, este es el departamento de Homicidios.

—Falso —replicó el inspector—. Esto es el infierno.

—¡EMMERICH! —POCO DESPUÉS, Brühl volvía a estar junto a su escritorio, y su sonrisa irónica no presagiaba nada bueno—. ¡Emmerich! —repitió todavía más fuerte.

—¡No estoy sordo! —El inspector, que estaba mecanografiando la declaración de un testigo, apretó tan fuerte la tecla de la efe que el tipo se quedó pegado al papel.

—Al despacho de Gonska. Ahora.

Puso los ojos en blanco y se levantó. Al instante sintió un fuerte dolor en la rodilla. Reprimió un gemido y, ante las miradas curiosas de los demás, atravesó la sala tan recto como le fue posible.

En el pasillo encendió otro cigarrillo y pasó de largo las puertas de nogal marrón oscuro, tras las cuales sus colegas seguían trabajando. Trabajando de verdad. De los despachos salía un murmullo excitado: andaban a la caza.

Aborrecía ese departamento al que durante tanto tiempo había ansiado pertenecer. Le habría encantado darle la espalda a aquella gentuza arrogante, pero no podía. La economía se había quebrado a causa de la guerra, no había empleo. Ya hacía tiempo que alguien había cubierto su antiguo cargo de agente de policía y nadie iba a pelearse por darle trabajo a un inválido. Un discapacitado. Un tullido. Recordar el hambre y la falta de un techo bajo el que cobijarse le impedía salir corriendo de allí.

Emmerich dejó pasar a un agente de la Oficina de Reconocimiento que corría hacia el despacho de Brühl cargado de archivadores y entró sin llamar al espacioso despacho de su superior. A diferencia de su lugar de trabajo, que compartía con Winter, allí el ambiente estaba siempre caldeado y tranquilo. Las paredes estaban cubiertas de un elegante papel pintado y sobre el noble parqué de madera de roble descansaba una espesa alfombra de color beis. Una lámpara de latón de tres brazos, de estilo modernista vienés, bañaba la habitación con una cálida luz, indiferente a la carencia general de energía.

—Inspector, aquí está usted. —Gonska, que estaba sentado detrás de un gran escritorio de madera maciza, abrió los brazos, sonriente, como si no hubiese acabado de soltarle un sermón hacía un segundo.

Emmerich enseguida se olió que algo andaba mal. Muy mal. Y entonces sus ojos se posaron en la bella actriz que Winter tanto parecía admirar.

—Siéntese. —El jefe del departamento señaló una silla libre—. Permita que los presente: la muy admirada Rita Haidrich. Seguro que la conoce por sus actuaciones en el Burgtheater.

Emmerich tomó asiento y se apartó una brizna de tabaco del labio superior.

—Por supuesto —respondió algo burlón—, buenos días. —Miró la mano que ella le tendía y se la estrechó algo confuso.

La mujer arrugó la nariz y Gonska carraspeó.

—Prescindiendo de que el inspector Emmerich carece de etiqueta, es un hombre muy eficiente. Usted se encuentra en buenas manos.

Emmerich cayó demasiado tarde en la cuenta de que un besamanos habría sido el saludo adecuado, le dio una calada al cigarrillo y se recostó hacia atrás. Encontraba las costumbres de la clase alta totalmente superfluas. Desde su punto de vista, toda esa pose no era un acto de cortesía, sino que servía para

diferenciarse del pueblo llano. Y no iba colaborar en todo aquello. Que pensara de él lo que le diera la gana.

Haidrich todavía era muy joven, tendría alrededor de unos veinticinco años y era, en verdad, sumamente atractiva. Siempre que uno se inclinara por esa clase de mujeres. Él, sin embargo, prefería el tipo natural y no pretencioso, como su Luise.

Al dolor de la pierna se unió una punzada en el pecho. «Ya no es tu Luise, ahora pertenece a otro», se recordó. A Xaver Koch, su marido, al que habían dado por muerto en el campo de batalla mientras él, Emmerich, había cuidado de ella y de sus hijos. Se había convertido así en un padre de familia cariñoso y un apasionado compañero. De repente, el marido había regresado procedente de una cárcel para prisioneros de guerra y, para su pesar, Luise, una creyente devota, no había sido capaz de abandonar a su esposo. «Solo te quiero a ti —le había asegurado entre lágrimas—, pero hice un juramento. Ante Dios y ante la Iglesia. Debo volver con él.»

Maldito catolicismo. Había que deshacerse del Señor de los Cielos al igual que del que habitaba en el Palacio Imperial de Hofburg. ¿Cuándo asumiría de una vez por todas que había perdido a su gran amor? «Jamás», gritaba una voz en su interior.

Intentó distraer la mente y volvió a dirigir la atención hacia la joven. Llevaba los labios pintados de un rojo vivo y tenía una tez noble, con esa palidez casi transparente de quienes no deben trabajar para sobrevivir. El cabello, de color arena, dibujaba unas ondas perfectas. Carecía totalmente de defectos... solo unas profundas sombras bajo los ojos desentonaban con su aspecto general.

—La señora Haidrich tiene un problema que tal vez usted pueda ayudarle a solventar. —Con un gesto de la mano, Gonska invitó a la actriz a explicar ella misma de qué se trataba.

—Estoy en peligro. —Lo miró a los ojos al tiempo que ponía énfasis en sus palabras, llevándose la mano al cuello.